

SI VIS PACEM, PARA PACEM.

Comentarios a un libro del Embajador Hugo Palma (*).

Fernando de Trazegnies G.
10 de Marzo de 1986.

El trabajo del Embajador Hugo Palma que ha publicado el Centro Peruano de Relaciones Internacionales (CEPEI), no consiste en un frío recuento del armamentismo en América Latina. Por el contrario, debajo de un ropaje estilístico muy neutral encontramos un libro idealista, un libro esperanzado, un libro escrito por un autor que conserva la fe en los hombres y en los pueblos, cuando existen tantas razones para perderla. Aún cuando no haya sido formulada explícitamente, en sus páginas vive una propuesta y una ilusión, que se insinúa en el título de la obra "Limitación de armamentos y desarme en la región". Es un libro terco que, remontando la corriente de los escepticismos y de los intereses, pretende insistir en puntos incómodos pero esenciales para la paz en nuestra región.

¿Son evitables las guerras?

El libro trata sobre la situación de la región en relación con el armamentismo. Pero no es posible hablar de armamentismo sin hablar de la guerra. La carrera armamentista está en directa relación con la posibilidad de guerra. La función primordial de las armas es matar personas en una guerra. Subsidiariamente y paradójicamente, las armas pueden ser útiles también para evitar guerras, por la vía de la intimidación; hipótesis a la que nos referiremos mas adelante. Pero, en cualquier caso, el sentido de la existencia de las armas se encuentra, de una manera o de otra, en la guerra. De ahí que parezca indispensable que, antes de pensar en la reducción del armamento, reflexionemos sobre la inevitabilidad de las guerras.

Lamentablemente, la condición humana no nos permite ser muy optimistas en cuanto a la posibilidad de erradicar definitivamente las guerras y, como consecuencia, a esperar un desarme total; pero tampoco nos entrega a un pesimismo irremisible y paralizante.

Todo nos hace pensar que existe en el hombre un instinto destructivo, que lo lleva a entrar en conflicto

(*) Hugo PALMA.- América Latina: Limitación de armamentos y desarme en la región". Centro Peruano de Estudios Internacionales (CEPEI). Lima, 1986.

con sus semejantes. Ya Kant habia intuído que algo dentro de nosotros mismos nos empuja a guerrear cuando califica a la tendencia bélica como "inclinación que parece ingénita a la naturaleza humana" (Immanuel Kant.- La Paz Perpetua (1795). I,4. Ed. Porrúa. México, 1972. p.219). En el presente siglo, es Freud quien desarrolla con mayor penetración esta hipótesis. En una interesantísima carta dirigida a Albert Einstein quien le preguntaba su opinión sobre la guerra, Freud explica que, dentro de la concepción psicoanalítica, los instintos del hombre pertenecen a sólo dos grandes categorías: los que tienden a conservar y unir, que fusionan y totalizan, a los que califica de eróticos (en el sentido del Eros platónico); y los que tienden a destruir y matar, que cortan y separan, a los que califica de tanáticos. Ambas categorías de instintos son imprescindibles e inevitables y de su acción conjunta y antagónica surge la vida (Sigmund Freud.- El Porqué de la Guerra (1932). Respuesta a A.Einstein. Obras Completas. T.VIII. Biblioteca Nueva. Madrid, 1974. pp.3211-12). Vivir es matar de alguna manera. Cada día matamos hasta un cierto punto nuestro pasado porque, si no fuera así, nuestra vitalidad quedaría adherida a lo que fue y se paralizaría. Pero vivir es también de alguna forma conservar el pasado y llevarlo a uniones cada vez mas totalizantes con la inmensidad de posibilidades que nos ofrece el futuro. De ahí que nuestra proyección al futuro - que es la vida - resulta de una conjugación creativa de Eros y Tanatos. En las relaciones interpersonales, los instintos eróticos nos ayudan a vincularnos socialmente con los demás; pero esta vinculación descansa en una función tanática que evita que nos identifiquemos a tal punto con el otro que perdamos con ello nuestra propia identidad: el amor, la amistad, etc. - todas ellas funciones eróticas - tienen una contrapartida inevitable en la distinción entre yo y los otros (función tanática). La unión se fundamenta en una separación originaria, en una destrucción del todo, en un corte que da vida a nuestra individualidad.

El problema se presenta cuando el instinto tanático se hipertrofia y asume el liderazgo de la personalidad. En ese caso, si tal instinto destructor hipertrofiado se vuelca hacia el exterior, el hombre se vuelve agresivo contra sus semejantes; y si esta exteriorización asume alcances nacionales, estamos ante el riesgo de una guerra.

De lo dicho se desprende, entonces, que el impulso tanático no puede ser eliminado porque cumple un papel esencial en el ser humano; pero su hipertrofia de ninguna

manera es fatal e incontrolable: Freud propone que las tendencias agresivas sean desviadas, al punto de que no necesiten la guerra como forma de expresión (Op.cit. p.3213). Y nos dice que para ello, "si la disposición a la guerra es un producto del instinto de destrucción, lo más fácil será apelar al antagonista de ese instinto: al Eros. Todo lo que establezca vínculos afectivos entre los hombres debe actuar contra la guerra" (Loc.cit.). Marcuse a su vez sostiene que la interdependencia de los dos instintos nos abre el camino de la paz y de la liberación. Esperanzadamente proclama que mientras crezca la vida, los instintos de muerte permanecerán subordinados a los instintos eróticos (Herbert Marcuse.- Eros y Civilización. Una investigación filosófica sobre Freud. Ed. Joaquín Mortiz. México, 1965. p.150). Y por ello aboga por una erotización generalizada de la vida y de las relaciones sociales y por la lucha contra la escasez y la pobreza, porque éstas son aliadas de Tanatos (Op.cit., passim).

Nosotros no creemos tampoco en una teoría fatalista y mecánica que, basada en condicionamientos etiológicos, nos lleva inexorablemente a la guerra. La naturaleza humana no domina al hombre sino que es dominada por éste y puede ser dirigida hacia lo mejor o hacia lo peor. Pensamos - y creo que el Embajador Palma comparte esta opinión - que el hombre tiene ante sí las posibilidades de un desarrollo espiritual que es capaz de contrarrestar sus instintos tanáticos. Y es por ello que Palma insiste en que no nos podemos quedar con los brazos cruzados ante la guerra y el armamentismo.

Pero el peligro de caer en lo peor en vez de alzarnos hacia lo mejor, es permanente y, en tanto que peligro, no puede ser eliminado. La amenaza de la guerra nos acecha desde lo más profundo de nuestra humanidad. Pareciera que cuando el mundo se encuentra en estado de mayor vitalidad, tiene también más propensión a guerrear; como si esa vitalidad necesitara desahogarse y, no habiéndole preparado la sociedad un canal de expresión erótico, se volcara a lo tanático. La erotización propuesta por Marcuse aún no es una realidad. Mientras no lo sea, el peligro de la hipertrofia del Tanatos subsistirá. Pero aún si la sociedad se organizara de manera más positiva y canalizara hacia la vida, hacia el amor y hacia la paz la energía humana, esto sólo podría atenuar los riesgos de guerra pero no erradicarlos completamente. Por eso, no queda otro remedio que estar siempre vigilantes a aquellas

fricciones que pueden liberar el instinto tanático y orientarlo destructivamente hasta llevarlo a enfrentar físicamente a nuestros semejantes.

Históricamente podemos comprobar que los pocos casos relativamente exitosos de desarme y paz han sucedido después de las grandes guerras, cuando el país victorioso ha impuesto forzosamente el desarme del país vencido. En la medida de que ese país perdedor era el enemigo natural del país vencedor, la derrota de aquél trae consigo también una reducción de los armamentos de éste, pues no tiene por el momento un enemigo que temer. Parecería que el desarme sólo se logra en condiciones de fatiga de los pueblos después de un desborde de energía bélica, cuando los países están empobrecidos y hartos de guerrear y los ánimos se orientan más bien a la reconstrucción nacional. Pero tan pronto los países beligerantes se encuentran reconstruídos, la dinámica de la guerra vuelve a aparecer: el juego comienza de nuevo. Una vez, el peligro se presenta por un sentido de revancha; otras, porque dentro de todas las conmociones ocurridas, se ha producido una reestructuración de las alianzas y discrepancias y ahora un antiguo país amigo o neutral se convierte en enemigo.

Un ejercicio de comprensión.

No se puede esperar que se encuentren recetas sobre la forma de lograr el desarme. Y sabemos que en el corto plazo es poco lo que se puede hacer en nuestra región. De otro lado, no es posible detectar y superar para siempre todos los factores de fricción entre los países y de promoción del armamentismo: dado que los actores de este juego trágico son independientes, es previsible que surjan continuamente nuevos factores. Por eso el trabajo que comentamos no pretende señalarnos soluciones fáciles. Pero lo que intenta el libro del Embajador Palma es abrir los ojos al problema. Más allá de los datos específicos sobre el nivel de armamentismo de la región, el libro quiere ofrecer una metodología para examinar este tipo de situaciones, orientar la mirada hacia ciertos aspectos esenciales para la correcta comprensión del problema. Porque en el fondo se parte de la convicción de que no es posible superar problema alguno, si éste no es primero debidamente comprendido.

Palma hace una comprobación interesante: en materia de armamentismo, parecería que estamos llegando al

límite de un razonamiento: la realidad se ha encargado de señalar el fracaso de una idea. La profundización en la práctica de esa idea ha puesto de manifiesto su incapacidad de manejar la situación. Los teóricos del armamentismo han sostenido que el aumento incesante de armamentos era paradójicamente necesario para conservar la paz: la posesión de un ejército bien armado inspira confianza en sí mismos y aleja los temores y suspicacias respecto del país potencialmente enemigo. Sin embargo, como bien señala el Embajador Palma, los países se arman cada día más, pero también cada vez se sienten más inseguros. Hemos llegado así a los confines de esa mentalidad armamentista que proclamaba si vis pacem, para bellum. La preparación de la guerra, lejos de conducirnos a la seguridad y tranquilidad deseada, genera una carrera armamentista que deja intranquilos e inseguros a todos.

En consecuencia, el libro trata de establecer una metodología de análisis que permita identificar los factores que promueven los gastos de armamentos y los que los restringen. Con tal ayuda, será posible que los Gobiernos de cada país puedan desalentar los factores armamentistas y reforzar los que conducen al desarme, con plena consciencia de lo que están haciendo.

Con este objeto, el libro persigue componer un modelo de comprensión del fenómeno. Un modelo es un esfuerzo metodológico para organizar dinámicamente datos a fin de determinar cuáles son los factores que influyen positiva o negativamente en la producción de determinados resultados. En otras palabras, no es nada más ni nada menos que un instrumento de comprensión mediante el recurso de poner orden en la heterogeneidad de los datos. El modelo, en tanto que esquema ordenador, tiene mayor permanencia que la descripción concreta de las situaciones (sin que ello signifique que tenga valor absoluto e intemporal). Los datos específicos pueden variar, pero el modelo conserva su utilidad interpretativa al ser utilizado con nuevos datos. Es una suerte de plantilla que permite clasificar datos provenientes de situaciones distintas y que, como consecuencia, puede arrojar también descripciones de realidades diferentes.

El espacio, el tiempo y las decisiones gubernativas.

Al construir un modelo, un aspecto

metodológico fundamental es el dimensionamiento de la realidad estudiada, lo que permite afinar adecuadamente el modelo. El modelo debe ser dimensionado en el espacio y en el tiempo.

No podemos dejarnos arrastrar irreflexivamente por las dinámicas extranjeras que responden a análisis desde la perspectiva de las grandes potencias. Un principio fundamental de realismo en cualquier campo es la humildad; y en este aspecto, la humildad nos lleva a reconocer que en las condiciones actuales, los países de nuestra región no decidirán por las armas el destino del mundo. Por otra parte, desde una perspectiva histórica no podemos dejar tampoco de reconocer que casi todos los conflictos armados que hemos tenido en América Latina después de las Guerras de Independencia, son de origen regional.

En este sentido, el Embajador Palma considera fundamental que se otorgue un tratamiento regional a la política de armamentos, divorciándola de la problemática mundial. Sin embargo, no es fácil establecer los límites de la región. La definición misma de región está sometida a imprecisiones y a criterios controvertibles que dificultan su operatividad. ¿Qué es una región? ¿Es acaso una simple área geográfica? ¿América Latina en general, por ejemplo? ¿O la cuenca del Pacífico? ¿O el área andina? Podría proponerse también que la región constituye un espacio que no se define por los accidentes naturales sino por la actividad económica común. Esto nos llevaría a límites distintos de los geográficos. O podríamos utilizar criterios históricos y señalar como región el conjunto de países que tienen un origen común.

Pensamos que la región no es un concepto abstracto sino una definición operativa; por consiguiente, sólo puede ser definida en función de aquello que es el objeto de la operación: la región no existe por sí misma sino que se produce conceptualmente en función de los fines implícitos en la conceptualización. Así, la región para fines culturales no será necesariamente la misma que para fines económicos o que para fines de desarme. En todos los casos, parecería que el establecimiento de una región implica la verificación de ciertas condiciones objetivas y de ciertas condiciones subjetivas. Si aplicamos este método a nuestro problema del desarme, comprobaremos que la región supone, como condición objetiva, una cierta proximidad estratégica que haga verosímil la posibilidad de una guerra entre las naciones incluidas

dentro de su espacio y que otorgue efectividad a los eventuales Tratados u otras medidas que esas naciones puedan adoptar. Asimismo, una noción más ajustada de región para el desarme exigiría, siempre como condición objetiva, la existencia de fricciones y alianzas militares tradicionales en el área. Por último, como condición subjetiva, se requerirá una cierta voluntad común de desterrar las guerras, un cierto nivel de consenso y de compromiso para reducir las tensiones y los gastos militares.

Si afinamos aún más "este" esfuerzo de conceptualización, nos encontraremos que la idea general de la lucha contra la carrera armamentista no es quizá suficiente para definir operativamente la región: esta política se puede dar de diferente manera según el tipo de armas que se pretenda erradicar. De esta manera, si consideramos la situación desde la perspectiva de las armas nucleares, es posible que América Latina como un todo constituya una región operativa. En cambio, si nos encontramos frente a las armas convencionales, esa área geográfica puede resultar demasiado grande y estar conformada por realidades heterogéneas. Es por ello que el Embajador Palma propone que, desde esta segunda perspectiva, por región se entienda solamente América del Sur.

Ahora bien, de igual forma que es preciso encontrar una unidad operativamente independiente en el espacio, se requiere también independizar esta unidad en el tiempo. Aplicando los mismos principios que los utilizados con relación al espacio, tampoco hablamos aquí de tiempos absolutos sino del tiempo en función del desarme: la región, el espacio operativo de nuestra problemática, tiene que encontrar su propio tiempo de realización: no está supeditado necesariamente al tiempo de otros actores internacionales. Esto significa rechazar la tesis de que América Latina sólo podrá pensar en el desarme cuando las grandes potencias a su vez lo hagan; se trata de situaciones independientes que no están condicionadas mecánicamente. La región se desarmará no cuando lo haga tal o cual potencia o cuando lo hagan las grandes potencias en general, sino cuando sea conveniente y factible de acuerdo a su propia realidad regional.

Todo ello no es obstáculo para que una unidad regional pueda requerir el apoyo de otra unidad regional. Pero esto no significa necesariamente - aún cuando podría suceder - que el conjunto de las regiones forme una super-región, sino que estratégicamente puede convenir una alianza dentro de

ciertas condiciones. Por ello, sostiene el Embajador Palma, el concepto de "defensa hemisférica" pierde sentido desde esta aproximación, porque supone que un conjunto grande de países heterogéneos forma una sola región por el solo hecho geográfico de estar en un mismo hemisferio. Sin embargo, la nueva conceptualización más estricta de región y la noción de independencia operativa de la región no debe impedir la posibilidad de que regiones diferentes y con intereses propios se apoyen mutuamente si las condiciones lo permiten y si las partes lo creen conveniente para sus respectivas políticas regionales. Toda alianza es posible; pero ella no se deriva automáticamente de los datos de la geografía sino de una voluntad racional: no es el hecho arbitrario de compartir un hemisferio lo que determina la alianza sino un análisis racional de política internacional cuyos focos de reflexión se encuentran en el corazón de cada región.

Ahora bien, al intentar diseñar un modelo para tratar problemas internacionales, es preciso evitar caer en la ingenuidad de pensar que los países son entidades sin partes ni fisuras, que tienen como seres humanos una voluntad propia racional, que se proponen ciertas metas específicas y que hacen siempre lo racionalmente necesario para alcanzarlas. Los países no constituyen una unidad de decisión sino la confluencia de un gran número de voluntades con ideas diferentes sobre las cosas. La guerra o la paz, el aumento o la limitación del armamento, no son "decisiones" propiamente dichas (al menos en el sentido individual del término), no son "opciones" libremente escogidas por una entidad con inteligencia y voluntad propias llamada "país", sino que constituyen un resultado, un producto, de las inteligencias y voluntades de una constelación de personas individuales, con sus respectivas ambiciones, valores, intereses y prejuicios, que confluyen a través de una multiplicidad de organizaciones que tienen, a su vez, sus rutinas pre-establecidas, su propia psicología de grupo. Estas voluntades diferentes son a veces tan independientes entre sí que aparecen unas a otras como factores objetivos que condicionan el marco dentro del cual cada actor debe tomar una decisión. Cada actor tiene su propia dinámica que juega, se conjuga o se opone a las dinámicas de los demás actores. Así, la actuación internacional de un país no se asemeja al monólogo de un dramaturgo que interpreta su propio texto, sino a la actuación de toda una compañía de teatro que sale a escena sin libreto previo y cuyas expresiones resultan de la confrontación de metas y prácticas en la escena nacional, según las condiciones que se presenten en la escena internacional. Puede así decirse que la línea de

acción de un país es menos una decisión racional que una resultante (a veces bastante poco racional) del juego de múltiples voluntades y factores que interactúan.

Los factores en juego.

Determinado así el espacio, el tiempo y la naturaleza compleja de las tendencias hacia el armamentismo o hacia el desarme, el modelo pretende señalar los factores que lo ponen en operación. En última instancia, el modelo es una organización dinámica de factores cuya aparición, supresión o modificación genera un cambio en la realidad operativa estudiada (en el presente caso, en los niveles de armamentismo).

Hay quienes sostienen que el armamentismo es un efecto y no una causa: son las tensiones políticas las que generan el armamentismo y no al revés. Por consiguiente, lo que deberíamos construir es un modelo de las tensiones internacionales y no del armamentismo. Sin embargo, el libro del Embajador Palma propone que el peligro de guerra no es el único factor del armamentismo sino que, siendo evidentemente central, está secundado por otros factores de diversa índole. De otro lado, la teoría del armamentismo como efecto desconoce que, en materia social, las conductas generan una causación circular y acumulativa, como decía Gunnar Myrdal, en donde todo es simultáneamente causa y efecto, donde cada acción genera una reacción.

Es verdad, claro está, que, sin perjuicio de dar cuenta de los otros factores a los que nos referiremos más adelante, en un modelo sobre el armamentismo juegan indudablemente un papel importante las causas de guerra. Es verdad que todos los factores que influyen sobre el armamentismo tienen relación con la posibilidad de una eventual guerra. Pero no podemos decir que los factores de guerra sean exactamente los mismos que los factores del armamentismo. Entre estos últimos hay algunos que tienen una cierta identidad propia y que, si bien en última instancia están relacionados también con la guerra, tienen una cierta lógica independiente y generan una dinámica por sí mismos.

En América Latina no existen causas religiosas de guerra, como sucedió en la Europa pre-napoleónica o como sucede actualmente en el Medio Oriente. Aún las causas económicas puras - si bien nunca pueden ser descartadas

totalmente - parecen remotas en las circunstancias actuales: ninguno de los países latinoamericanos tiene poder económico suficiente para intentar una guerra contra otro con fines de dominación económica; y el tiempo de las guerras netamente imperialistas, como las que ocurrieron en el Siglo pasado y a comienzos de éste, parece haber pasado. En América Latina, las causas de guerra son todavía la demarcación de los límites territoriales; problema que algunos países consideran aún no resuelto y que se contamina con ambiciones económicas, revanchismos emotivos y además con la manipulación de todos esos factores como instrumento de política interna. Desde hace algunos años ha aparecido un nuevo factor de guerras no convencionales en la región: al igual que la Francia Napoleónica, algunos países han asumido una no solicitada misión redentora y han decidido exportar su revolución y sus ideales políticos para imponerlos a la fuerza sobre los demás. Sin embargo, en este caso, para ser completo el modelo debe tomarse en cuenta también las invitaciones internas de ciertos grupos a este tipo de "liberación" desde el extranjero; porque, parafraseando a Lanza del Vasto, podríamos decir que ese tipo de tensiones internacionales son imposibles de crear exclusivamente desde fuera, de la misma manera como no se puede batir palmas con una sola mano.

Entre aquellos otros factores que pueden actuar por sí solos sobre la política de armamentos sin pasar necesariamente por una causa específica de guerra, se encuentra el contexto económico y social de cada país dentro de la región.

Hay quienes han sostenido que la industria militar es un factor de desarrollo económico, pues proporciona empleo a numerosas personas. En consecuencia, sigue el argumento, los países en vías de desarrollo deben promover industrias militares como un medio de superar su condición. Esto es ciertamente un sofisma. El desarrollo y la industrialización tienen que ser orientados a la fabricación de productos que atiendan a las necesidades reales del hombre y no a lograr mayores posibilidades de destrucción recíproca. Fabricar armas que no están destinadas a hacer vivir a la humanidad sino a hacerla morir o que simplemente tienen como fin el mantener el status de los ejércitos nacionales, es nocivo para el desarrollo integral, aún cuando se creen con ello puestos de trabajo. En la época de la Comuna de París, se decidió crear masivamente puestos de trabajo dividiendo a los desocupados en dos grupos: el primero de ellos abría una zanja

enorme alrededor de París; el segundo venía detrás cerrando la zanja. Evidentemente se había proporcionado trabajo y se había movilizadado la economía. Pero también no cabe duda de que se trataba de un trabajo improductivo y que podía haberse adoptado alternativas que crearan los mismos puestos de trabajo pero tuvieran un verdadero sentido productivo. La misma reflexión puede aplicarse a la teoría del desarrollo a través del crecimiento de la industria bélica. La necesidad de crear una industria militar nacional puede ser defendida quizá con múltiples argumentos; pero éste no es uno de ellos.

En lo que se refiere a los factores económicos que influyen ya sea en el sentido del armamentismo o del desarme, es interesante destacar que la difusión del comercio regional y la interdependencia económica atenúan o reducen los impulsos bélicos. Los lazos comerciales crean todo tipo de vinculos que afirman la unión entre los países: desde los más elementales lazos de amistad entre personas que antes se consideraban recíprocamente extranjeras y que ahora tienen un negocio en común hasta la necesidad que nace en toda relación entre empresas de asegurar la subsistencia e incluso el desarrollo de esa contraparte de la cual dependemos para obtener nuestra materia prima o para colocar nuestra producción en el mercado. De ahí la importancia de desarrollar la integración económica regional, entre otras razones, para afirmar la paz entre nuestros pueblos. Sin embargo, no debe olvidarse que estos lazos, para que sean sólidos, deben tenderse no sólo de Gobierno a Gobierno, de cúpula a cúpula, sino también - y quizá sobre todo - de individuo a individuo, de empresa a empresa, de manera de crear una suerte de "sociedad civil" internacional, constituida por una red de vinculaciones efectivas y recíprocas.

Otro factor que influye en el modelo es el grado de profesionalización del Ejército. Esta profesionalización tiene una repercusión positiva y también una negativa. De un lado, la profesionalización del Ejército ha sido uno de los grandes progresos de la Edad Moderna. A partir de entonces, las guerras quedaron relativamente focalizadas: son los ejércitos quienes pelean por los pueblos, mientras que la población civil no se encuentra directamente atacada. Los Ejércitos profesionales que se desarrollan desde el Siglo XVI equivalen a los campeones que se designaban en la Edad Media para dirimir a través de un torneo el pleito entre dos huestes feudales y ahorrar así los daños personales y materiales que resultan de todo enfrentamiento armado entre

dos comunidades. Quizá uno de los inventos mas humanitarios de los últimos 5 siglos fue el uniforme militar. Su implantación tuvo el efecto benéfico de distinguir a los combatientes de los no combatientes. Quien quiere o debe pelear, se viste con un uniforme para dar a conocer que es combatiente; quienes no tienen uniforme quedan al margen del juego mortal de la guerra y no deben ser tocados. Este principio, que inicialmente se desarrolla como un mero uso de la guerra civilizada desde el S.XVII, se convirtió finalmente en un principio legal en virtud de la Convención de Ginebra de 1949. Y es como consecuencia de ese principio que las leyes de la guerra no protegen a quienes pelean sin uniforme: han cometido el gravísimo crimen de confundir las cosas y de hacerse pasar como población civil pacífica cuando en realidad eran combatientes.

Es cierto que el uniforme nunca llegó a impedir totalmente los abusos contra la población civil. Aún cuando la profesionalización del Ejército implicaba que los países habían designado a sus "campeones" y que sólo ellos peleaban, esos profesionales de la guerra sobrepasaron muchas veces los límites impuestos por los nuevos usos y cometieron abusos contra la población civil. Sin embargo, la diferenciación entre quienes eran soldados y quienes no lo eran, tuvo cuando menos un efecto de relativo control de los males de la guerra. Lamentablemente, este principio básico de la guerra civilizada comenzó a sufrir dificultades en la Primera Guerra Mundial cuando los países beligerantes involucraron en la práctica a la población civil como parte de su estrategia intimidatoria y transformaron la guerra focalizada en lo que se llamó desde entonces "guerra total". Entre la Primera y la Segunda Guerra Mundial hubo quienes incluso teorizaron en este sentido, planteando la necesidad de eliminar la distinción entre combatiente y no combatiente. Los resultados no se hicieron esperar: la Segunda Guerra Mundial es un ejemplo de las aberraciones a las que puede llegar la humanidad, tales como la estrategia nazi de ataques punitivos a las ciudades para minar la moral del país atacado y los bombardeos nazis con misiles sobre objetivos civiles que dieron lugar a la respuesta aliada de bombardeos masivos. Más tarde, el terrorismo y la guerrilla han pretendido borrar la distinción entre combatientes y no combatientes. Sin embargo, parecería que todo esfuerzo racional de establecer límites morales a las guerras tiene vinculación con tal distinción; consecuentemente, se hace indispensable reforzar la identidad de las Fuerzas Armadas regulares con un medio de mantener un

nivel de civilización a pesar del estado de guerra.

De otro lado, la existencia de Ejércitos profesionales tiene también la virtualidad de establecer equilibrios de poder, que son condición fundamental para la paz. Cuando un país se encuentra en inferioridad militar frente a otro, se genera inmediatamente suspicacia, temor y necesidad de adoptar precauciones especiales; todos ellos sentimientos favorables al armamentismo. En cambio, el equilibrio restablece la confianza recíproca, elimina los temores fundados o infundados y evita los pánicos internacionales que desencadenan dinámicas peligrosísimas. El equilibrio de poder es tan importante que una política de desarme que no tenga en cuenta la necesidad de un equilibrio de poderes, puede ser desastrosa; y los acuerdos internacionales sobre desarme que resulten de un análisis que no ha tomado en cuenta este factor del modelo, pueden llevar paradójicamente a los países a la guerra.

Sin embargo, paralelamente a las funciones positivas que pueden cumplir los ejércitos, hay el peligro de que generen una dinámica propia, desvinculada de los intereses del país, que los lleve hacia una carrera armamentista por múltiples motivos. A este respecto, quiero citar solamente la desconfianza que ya tenía Kant en 1795 cuando afirmaba: "Los ejércitos permanentes son una incesante amenaza de guerra para los demás Estados, puesto que están siempre dispuestos y preparados para combatir. Los diferentes Estados se empeñan en superarse unos a otros en armamentos, que aumentan sin cesar. Y como, finalmente, los gastos ocasionados por el ejército permanente llegan a hacer la paz aún más intolerable que una guerra corta, acaban por ser ellos mismos la causa de agresiones, cuyo fin no es otro que librar al país de los gastos militares" (Op.cit., I,3. p.218).

Otro factor a considerar es el llamado mercado de armas. En realidad, el mercado de armas es lo más alejado a la noción paradigmática de mercado, según la cual éste responde a las necesidades reales de los consumidores y respeta la libertad de opción de éstos. Por el contrario, es un mercado fundamentalmente movido por las necesidades de los vendedores, quienes requieren incluso fomentar guerras y fricciones para colocar su incesante producción. Esta presión de la oferta hasta crear una demanda - lo que contraría radicalmente las bases originales de la economía de mercado - se manifiesta a través de múltiples

mecanismos, desde los más inconfesables hasta aquellos que se presentan como ideales respetables: la proximidad de los vendedores de armas a los círculos militares locales, las presiones políticas y económicas de los Gobiernos interesados, los pactos militares, la protección o difusión de ciertos ideales políticos y tantos otros.

Otro factor del modelo al cual el Embajador Palma asigna la mayor importancia es la consciencia cívica de los hombres, mujeres y niños de la región. Palma señala que el incremento o la limitación de armamentos no son problemas sólo de los Gobiernos, sino sobre todo de los pueblos. Aun cuando se respete el principio del combate exclusivamente entre combatientes, son los pueblos quienes en última instancia soportarán el dolor y la terrible carga de la guerra. Son los hombres y mujeres comunes que esperaran en vano a sus hijos o a sus esposos muertos en batalla, son los pueblos quienes afrontarán las penurias y el estado de emergencia. Y aún si la guerra no llega a producirse, son los pueblos quienes deben pagar los gastos militares. Es por ello que es un derecho de los pueblos pronunciarse sobre las grandes líneas de la política armamentista; y es un deber de los Gobiernos facilitar la toma de consciencia de esta problemática. Claro está que esta participación cívica puede también tener, como el mitológico Jano, dos caras: a través de ella se puede desarrollar una política de odio contra el vecino, instilando en la población el veneno del rencor; pero también a través de ella se puede realizar una verdadera política de formación de la consciencia de la paz. El nivel de armamentismo de la región podrá ser reducido en la medida en que los países desarrollen una educación para la paz en las Universidades, en los colegios, para enseñar a los jóvenes a pensar, de manera realista pero optimista, en la posibilidad de vivir en paz con nuestros países hermanos y, consecuentemente, sin necesidad de armarnos hasta los dientes.

Creer en la paz y practicarla.

Aún cuando formalmente el libro del Embajador Palma no quiere ir más lejos de la descripción del instrumento para tratar el problema del desarme, no cabe duda de que entre líneas es posible leer una propuesta. Todo el libro está redactado bajo la convicción de que la limitación de armamentos es posible en América del Sur y que, por tanto, no debemos quedarnos con los brazos cruzados. El libro de Palma es una muda invitación a la acción.

Hemos visto que las posibilidades de conflicto o de fricción internacional son polimorfas y nos acechan continuamente. En la medida de que se agudicen, se incrementará también el armamentismo. Los impulsos eróticos hacia la armonía y la socialización son esencialmente frágiles y pueden en cualquier momento transformarse en impulsos bélicos. Por ello, no podemos dejar de estar alertas. Pero, sumándonos al llamado del Embajador Palma, debemos insistir en la necesidad de que todos tomemos consciencia de esta situación y luchemos para contrarrestarla. Freud, Marcuse y tantos otros nos señalan un camino definido: es preciso reforzar los instintos eróticos como única manera de desviar y atenuar los instintos tanáticos; lo que quiere decir en términos internacionales: fomentemos la confianza entre los pueblos, estimulemos el comercio, apoyemos decididamente el intercambio cultural no como un lujo decorativo (según parecen entenderlo algunos) sino como un instrumento poderosísimo de conocimiento recíproco y de pacificación, alentemos el turismo y la comunicación entre los países de la región, establezcamos las bases de una moralidad internacional orientada al desarrollo de nuestros pueblos.

La necesidad de esta acción contra el armamentismo no es ajena a la consciencia de América Latina. En la región ha habido una profunda y continuada preocupación por la carrera armamentista. Y no se ha adoptado ante el problema la actitud derrotista de quien dice "No hay nada que hacer frente a ello". Como destaca el autor, basta examinar la larga lista de Conferencias y Declaraciones latinoamericanas que aparecen como apéndice del libro que comentamos para comprobar que los países de la región han demostrado fehacientemente que entendían que sí hay cosas que hacer y, de hecho, han tratado de hacerlas. La falta de éxito hasta el momento no elimina el hecho incontrovertible de que la preocupación existe y que los países quieren hacer algo aún cuando no encuentran todavía el camino. El ejercicio de lucidez que ha practicado el Embajador Palma en este libro puede ser una forma de encontrarlo.

Quisiera terminar citando unas palabras de Vinoba, ese extraordinario seguidor del maestro Gandhi, que al referirse a la no-violencia, describen estupendamente la actitud psicológica con la que debemos encarar el problema de la guerra y el armamentismo. Nos dice que creer en la paz y practicarla: "es un acto de confianza en el hombre y de fe en

Dios, es un testimonio de la verdad en la que se insiste hasta convencer al enemigo. No tiende a exterminar al enemigo, sino a despertar su consciencia. No a hacerlo huír, sino a ponerlo frente a sí mismo. No a reducirlo a merced, sino a someterlo a su propio juicio. No a subyugarlo, sino a liberarlo de su ceguera y de la cadena de delitos que produce. No a humillarlo, sino a recordarle que su honor le obliga a hacer honor al derecho. No a imponerle la paz y a dictarle la ley, sino a conducirlo a un acuerdo."
